

# B l a s   y   U b i d e   a   d i s t a n c i a

Por Luis Horno Liria

¿Qué nos queda hoy, cien años después de su nacimiento, de D. Juan Blas y Ubide? Un recuerdo familiar, local, intenso. Un halo de escritor de obra poco difundida, peor conocida, tal vez menospreciada. Y tres libros abiertos a nuestro análisis.

Dejemos a un lado el aspecto biográfico; la vida de D. Juan Blas y Ubide ha sido ya bien estudiada por D. José María López Landa<sup>1</sup>, y tampoco ofrece, en su honrada laboriosidad, grandes atractivos para un relato brillante<sup>2</sup>. Apartemos, abrámonos camino a través de ese halo de prestigio regional estereotipado, y adentrémonos decididamente por sus libros. Hagámoslo por nosotros mismos. Demos libremente nuestra opinión. Cada vez veo más claro que lo importante en el escritor es la obra y que de la obra, acaso sea lo esencial lo que para cada uno de nosotros dice. ¿Qué nos dicen, pues, a nosotros, recién venidos a ellos, lectores suyos de sólo una vez, los libros de D. Juan Blas y Ubide?

Cosas sencillas, gratas unas veces, trágicas otras, pero siempre reales y vividas por el autor. Cosas comprobadas tal vez directamente por nosotros mismos que, con tantísimos años de intervalo, todavía

---

1. "Juan Blas y Ubide, literato bilbilitano", por D. José M.<sup>a</sup> López Landa. Conferencia del 17 de marzo de 1945 en el Ateneo de Zaragoza.

2. Nació en Calatayud el 12 de junio de 1852. Cursó la segunda enseñanza allí y en El Escorial y se licenció en Derecho y en Filosofía y Letras en Zaragoza. La primera República le obligó a emigrar a Francia, por sus ideales carlistas, residiendo en Bayona hasta la Restauración. Vivió a su regreso en Madrid en 1874 y 1875, pero pasado algún tiempo volvió a Calatayud, de donde ya no salió hasta su muerte, acaecida el 25 de octubre de 1923. Durante todos estos años ejerció la abogacía y enseñó Retórica y Poética en el Colegio de Correa.

hemos podido vivir ambientes y problemas semejantes a los por él descritos. La lección que, inicialmente, nos da, pues, D. Juan Blas es la de su sencillo realismo. Escritor no profesional, quiso pintar las cosas que veía y sentía, y las describió directa e impulsivamente, tal y como las sintió.

Las sintió hondamente. Las vió con fiel exactitud. Cuando Blas y Ubide describe lo que ve, lo que vive a su alrededor, lo que siente él mismo cuando como sus paisanos siente y razona, su relato es sobrio, ajustado. Su pluma corre movida por un sentimiento auténtico, y resultan de ello páginas que hoy, cincuenta años después de haber sido escritas, retienen nuestra atención y serenan nuestro espíritu. Tal le sucede siempre, siempre, cuando describe el paisaje de estas tierras. Tuvo D. Juan que haberlas amado mucho para saber describirlas así. Cualquiera página de *Sarica la borda* en la que se hable del campo, cualquiera, tiene el marchamo inconfundible del acierto. Valgan de ejemplo estas líneas, descriptivas del aspecto de la huerta del Jiloca, tras de un chubasco:

“Cuando salieron se ponía el sol entre nubes de escarlata y soplaban un venticillo frescachón. Tomaron la orilla del río, que había enturbiado y crecido un poco sus aguas. La hierba está mojada como de rocío; las hojas de las viñas, lustrosas; de los chopos de hoja plateada se desprende alguna gota tardía y en el monte se percibe una limpieza de colores, en la brisa fresca un aroma de tierra mojada y de hierbas silvestres y en todo el paisaje un ambiente de vida sana, juvenil y tranquila que ensancha los pulmones e invade el corazón.” (*Sarica la borda*, pág. 102).

Este mismo aroma de tierra húmeda, recién lavada, es el que a mí me dejan las dos novelas de nuestro autor: *Sarica la borda*, publicada en Madrid, en 1904, y *El licenciado de Escobar*, publicada al año siguiente, también en la Corte. Su estilo quizá no sea perfecto. Acaso exista alguna incorrección, alguna falla en el idioma. Seguramente, también, alguna afectación, como la de este párrafo:

“Aquel apretón de manos fué el ósculo y el abrazo de dos cuerpos y dos almas que, en un momento de abandono y olvido, en que a los dictados de la razón práctica se impone la superior ley que rige a todos los seres creados, se aproximan como el hierro y el imán.” (*El licenciado de Escobar*, pág. 151).

Pero, normalmente, la observación es directa y la expresión fiel. Las descripciones todas de paisaje son magníficas, primorosamente

observadas. He aquí cómo el otoño extiende su melancolía sobre el trágico licenciado de Escobar:

“Felipe vió caer las hojas secas en la vega de Escobar; las hojas de los plátanos anchas y recortadas como manos de afilados dedos, las de los olmos abarquilladas como ligeros esquifes, las de los chopos rígidas y amarillas como corazones muertos, las de los melocotoneros, sauces y ciruelos, largas y puntiagudas como hierros de lanza, las de las acacias ovaladas y menuditas, las de los perales, redondas y pardas; y todos aquellos miembros muertos de espléndida flora primaveral caían lentamente, como secas lágrimas de la Naturaleza... o se mezclaban, azotadas y arremolinadas por el viento...” (*El licenciado de Escobar*, pág. 191).

¿No es verdad que esto es auténtico, que el otoño es así y que los árboles de nuestras huertas tienen sus hojas formadas de ese modo? Como también los habitantes de las tierras del Jalón y del Jiloca eran como él los pintó. Duros, laboriosos, apasionados. He dudado en escribir *eran*. Querría haber puesto *son*. Pero ignoro—aunque sospecho que sí— si siguen existiendo en esas tierras hombres y mujeres como los que él pintara.

Los que pintó fueron tipos eternos. Pero más que el tipo—aunque *Sarica* y *El licenciado* están llenos de tipos episódicos, y precisamente por eso—, lo que pintó fué el pueblo entero. Yo creo que Blas y Ubide persistirá por dos cosas: el conflicto espiritual de Felipe Marta, el pobre licenciado de Escobar, y el retrato del pueblo y tierras de Cerrillares, vivo todo él como pueda estarlo cualquier protagonista de una obra maestra. Examinemos con detalle ambos temas.

\* \* \*

Cerrillares palpita en sus eras y en sus ruínas, en sus casas ricas y en sus huertas, en sus señores, en sus campesinos y en sus clérigos. En Cerrillares están retratados todos los pueblos del Jalón y del Jiloca; está retratada buena parte de Zaragoza, la Zaragoza rural que todos hemos conocido y que acaso está borrándose ya. Junto a la visión total de Cerrillares es poca cosa—con ser tanto—el drama de *Sarica*, la borda, y el de Jenaro, el señorito rico; significa poco el aliento trágico de los labriegos y el desgarrar de los retratos abogadiles. Porque todos ellos no son más que rincones, fragmentos, escorzos de un cuadro panorámico total, que es el de Cerrillares, cuadro que es el de un pueblo medio de Aragón a mediados del siglo

pasado, y que es el que importa al novelista más que todo, más que la triste, desgarradora historia de Sarica, la cual se esfuma a veces, durante bastantes páginas del libro, dedicadas al relato de la vida y las costumbres agrícolas, pueblerinas de Cerrillares.

De Cerrillares, en cambio, lo conocemos todo, su paisaje, sus fiestas, sus trabajos, sus habitantes, sus ruinas... Cerrillares, ya es sabido, está ahí, al lado de Calatayud, es Maluenda,

“el pueblo más granado del pintoresco valle del río Algar, uno de los afluentes del Jalón. Sus casas trepan gateando por la falda del cerro, suave al principio, hasta que las detiene en su marcha ascensional el escarpe de la roca casi cortada a pico y entonces se pegan al monte, se incrustan en él y desaparecen en sus entrañas, dejando ver solamente las puertas y algunas ventanas asomadas a la cortadura del cerro cuyas alternas capas horizontales de yeso duro y deleznable arcilla, más resistentes las primeras que las segundas al desgaste de las aguas, trazan fajas entrantes y salientes semejando gigantesco cornisamiento, sobre el cual se levantan en la cumbre del monte y le coronan restos de murallas y algunos torreones medio derruidos que llaman *cociones* de los moros.” (*Sarica la borda*, págs. 21 y sigs.).

Es un pueblo pobre;

“presenta tristes signos de indudable decadencia: algunos viejos caserones semiderruidos que ostentan sobre el arco agrietado de la puerta escudos heráldicos, solares de casas que han desaparecido convertidas en plazuelas o corrales, una iglesia en ruinas y los rotos arcos del puente, sustituidos por troncos de olmo, nos hablan melancólicamente de su pretérita grandeza; son como las cicatrices que la roña del tiempo deja en el pasado glorioso de los pueblos.” (Idem, pág. 24).

Por eso, lo mejor del pueblo es la vega,

“donde amarillean los rastrojos, verdean los cultivos con diversos tonos, azullean las correntías y rojean los barbechos, salpicada de árboles frutales y cruzada en todas direcciones por brazales de riego que brillan reflejando la luz.” (pág. 23).

Y por el centro de la cual

“atraviesa el cristalino río serpeando entre las torcas de chopos, olmos y sauces que bordean sus orillas; una azud le detiene junto al pueblo formando espacioso remanso, tranquilo como un lago, que se despeña en espumosa catarata.” (págs. 23-24).

Los habitantes de Cerrillares viven entregados al cultivo de esta huerta, de la que obtienen casi todos sus medios de subsistencia. Los vemos trabajar en el campo y dejarse en él la existencia—como le pasa al Tío José el de la Santa, que muere de una pulmonía cogida durante la siembra—, enemistarse por lograr un trozo más de tierra fértil y realizar por alcanzarlo las más negras villanías.

Típica, central de la historia de *Sarica la borda*, la del Tío Leoncio Vetos, aquel rico labrador, Alcalde del pueblo, que deja morir sin testar a su hermano José el de la Santa, por asegurar para sí—en daño de Sarica—la posesión de aquella media tabla fertilísima que su hermano cultivaba como un jardín y que antaño había sido la perla del patrimonio de sus padres, como que era, en aquella huerta de propiedad subdividida hasta lo inverosímil, una sola finca de doce hanegadas a un surco.

Cuando Leoncio miraba

“aquella hermosa pieza, rodeada de árboles frutales en todo su perímetro, separada del camino por el bullicioso brazal de riego, plantado de mimbreras en sus márgenes, sobre el cual cruzaban dos puentecillos de palos de chopo”,

cuando contemplaba aquella tierra

“mullida, tableada y húmeda, de la que brotaban como puntos de lustrosa esmeralda los finos tallos del trigo, que producían sobre el fondo oscuro del terreno, a la luz crepuscular, delicados tornasoles”, (pág. 336)

le daba saltos de envidia el corazón. Aquella finca, espejo de fincas, había sido en mal hora dividida entre los dos hermanos y tenía que volver a estar toda a una mano, mano que, naturalmente, tenía que ser la suya. Durante quince años, aquel

“cordón de tierra hecho en la línea marcada por el surco, que pronto se cubrió de césped y formó el ribazo de separación entre los dos campos, ribazo derecho como una vela al principio, pero que poco a poco fué torciéndose, porque Leoncio a cada nueva labor lo arañaba por un lado y José por el otro, para ganar unos dedicos de tierra para sus respectivas parcelas, y que al cabo de pocos años tomó la forma ondulada de una culebra” (pág. 238),

aquel

“maldito ribazo que atravesaba la finca como la huella de un latigazo afrentoso” (pág. 239),

fué su obsesión, su cavilación única, la ilusión de su vida; el ribazo tenía que desaparecer para que la finca pudiera volver a ser labrada por él

“a un solo surco de trescientos pasos de largo, que él trazaría con su yunta, recorriendo la heredad de arriba abajo y de abajo arriba, más orgulloso que el conquistador que guía el carro triunfal tomando posesión del mundo.” (pág. 239).

Y ese ribazo, por fin, lo derriba. Vemos a Leoncio arrancando por sí mismo a azadonazos los terrones de aquella barrera arcillosa

“endurecida por tantos años de descanso, pisoteada por hombres y animales, trabada por las raíces de gramas, céspedes y tréboles... que cruje al rasgarse mostrando sus entrañas compactas y rojas.” (pág. 418).

Lo vemos descuellado, enfebrecido, envuelto en el agua de un copiosísimo sudor, hasta el punto de que las piernas le flaquean y se le demuda el color. Lo vemos caer derrengado al arrancar el último terrón y desaparecer temblando de fiebre, castañeantes los dientes por el escalofrío de una pulmonía provocada por el mismo viento helado que arrebatara meses antes a su hermano. Va a morir, como éste, por la tierra. Pero el Tío José habrá muerto de trabajo, en dolencia adquirida trabajando noblemente. Y Leoncio morirá de mal caído sobre él en un día de atroz codicia, lujuriosa codicia, síntesis de toda su avaricia rapaz, dominadora de sus muchos años de callada envidia.

Ya tenemos aquí el conflicto central de la novela eje de nuestro autor: la posesión de un campo, el ensanchamiento de una propiedad. Un conflicto seco, duro; una pasión, lisa y llana, de avaricia. No es lo más interesante para el autor, aunque otra cosa parezca por el título, la figura de la protagonista; no constituyen el eje del libro sus amores desgraciados, ni su efímera felicidad conyugal. Interesa, simplemente, la historia del despojo de que es víctima; el por qué, en fin de cuentas, de la desaparición de un ribazo, de un lindero, en el regadío de Cerrillares. Cuando llegamos a las páginas que exponen estos hechos, comprendemos que todas las demás han sido fondo y preludio a éstas. Que el núcleo de la cuestión está aquí, en el trágico, en el descarnado momento en que una historia de amores idílicos se trueca en un conflicto jurídico de pervivencia de

fueros y observancias. Entonces se aparta el autor y empiezan a discutir los abogados, aquel magnífico par de tipos de abogados rurales, aquellas dos muestras de cómo pueden perderse, disiparse en la rutina diaria de unos mismos constantes conflictos de poco relieve, de escasa altura, las dotes intelectuales y sentimentales de dos hombres de leyes. Van a luchar personificadas en D. Pedro Forcén y en D. Ramiro Calvillo, los jurisconsultos en pugna —el abogado sin libros y los libros sin abogado—, la rectitud y el casuismo, la justicia y el leguleyismo. Va a triunfar la justicia, pero una justicia seca, descarnada, polvorienta, una justicia poco atractiva, poco amable, que va a saber hacer el bien, pero a deshora y torpemente, que va a llegar tarde, cuando la vida haya complicado más y más la situación de la protagonista, aprisionada otra vez en el leguleyismo, peste de nuestros pueblos y de nuestra raza.

La protagonista, esta pobre borda, hospiciana, adoptada por caridad y por amor en un diálogo de entrañable laconismo al que luego aludiremos, de todos querida y de algunos envidiada y acechada es, a mi juicio, el mejor carácter de mujer de los pintados por Blas y Ubide. La vamos a ver, rubia, joven, deseable, aparecer ante nosotros en una estampa eglógica de trilla. Va a quedar grabada para siempre en nuestra memoria como un arquetipo de campesina zaragozana en las faenas de las eras.

“La moza se retira a la sombra que va cayendo del carro vecino y se sienta al lado de su padre sobre unos fajos, se quita el pañuelo de la cabeza, enjuga el sudor de su cara, y el viento juguetea con los rizos del pelo; recoge las mangas hasta el codo y cogiendo con ambas manos un botijo, levanta los hermosos brazos y bebe a chorrillo un largo trago de agua que al retirar el botijo se le escurre por la barba y baja a reírse el seno.” (*Sarica*, pág. 28).

Sabemos ya al llegar ahí, porque nos lo ha dicho el autor, que *Sarica* es guapa, esbelta, rubia, de ojos azules y tez tostada por el sol: que lleva falda de indiana y pañuelo al pecho y a la cabeza. Pero con sólo esas líneas—magistrales en su sencillez—, sabemos que trabaja y obra a la aragonesa y sabemos también—¿por qué no?—que es bella, apetitosa, deseable.

Ahí está su ruina. Cuando Jenaro, el señorito de la casa grande, se enamora de ella, *Sarica* ve claro desde un principio:

—“Estamos muy lejos el uno del otro; no puedo ser tuya ni tú puedes ser mía a la cara del sol.” (pág. 31).

Y Sarica hace todo «a la cara del sol», porque es buena y es pura. La crítica ha dicho con acierto que Sarica es un ejemplo de nuestras mujeres, que su actitud es siempre sobria. Que no se desmanda ni se desenfrena; que tiene siempre en su actitud una admirable contención. Que «jamás se entrega a extremos de desesperación o de sensiblería; que lucha siempre con empuje valeroso, con ánimo fuerte y sereno, sin decaimientos ni vacilaciones». (Riverita, en «Heraldo de Aragón» del 7 de diciembre de 1904).

Acaso todo ello sea un poco exagerado, porque vemos a Sarica sucumbir al dolor en dos o tres momentos. Pero son éstos, momentos de dolor poderosísimo—muerte de su padre, prisión de su esposo, ruina de su casa—y la verdad es que de todos ellos resurge con ánimo combativo. Lo cierto es que Sarica tiene una visión sensata de las cosas, que está llena de buen sentido y que esta sensatez—tan nuestra—le hace dominar todas, absolutamente todas sus pasiones.

Sarica es, ante todo, una mujer honesta. Cuando Jenaro—su primer amor—intenta abusar de ella, su reacción es terrible.

—“¡Te aborrezco!” le grita enfurecida, (pág. 320),

y su amor por él acaba de raíz en aquel instante. Y este aborrecimiento no es odio, ni miedo al varón, sino pureza, limpieza de corazón y de espíritu. Desde aquel instante, y por contraste, va a amar a Juan el del Tío Gazote, aquel mozo tímido y honesto al que se va a declarar ella misma para vencer su timidez, con aquel admirable arranque:

—“¡Abrázame, que de hombres como tú no tengo miedo!” (pág. 320).

Porque Sarica—aquí lo vemos—es mujer en toda la extensión de la palabra. Su educación no es perfecta, sus modales son toscos, más bien ásperos, de moza avezada a la dureza del campo y de la vida.

—“La última vez me dió Vd. un abadejo más duro que el pie de Cristo” (pág. 120),

le dice a Trespés el almacenero.

—“No me venga usted con jaculatorias...”,

prosigue, para acabar increpándole, con indignación justificada:



—“Quite usted de ahí, so cochino! No se le acerquen los dientes. Más le vale mirarse al espejo y verá cómo le florece la almendrera, y acordarse de que tiene una hija más moza que yo, ¡so sinvergüenza!” (pág. 121).

Sabe, sabe defenderse la Sarica. La adivinamos gritona, un poco basta de voz y de ademanes, con mucho acento aragonés en las palabras; pero vive, palpita en todas sus escenas. Su amor, noble amor por Juan, el hijo del Tío Gazote,

“el muchacho más honrado y más corto de genio del lugar, que se pasaba los días y las noches pensando en ella, que parece que se la quería comer con los ojos y se le saltaba el corazón cuando la veía y que nunca se había atrevido a decirle nada, apenas los buenos días, y esto bajando los ojos si ella le miraba” (pág. 46),

se va formando primero de confianza, de gratitud luego, de noble y sana pasión más tarde (sentimientos exteriorizados todos por la llaneza en pedir favores—los cañamones para sus pájaros, la siembra de sus tierras durante la enfermedad paterna—), de ganas de querer a aquel nervudo gañán y de que éste llegue a abrazarla luego noblemente.

La Sarica, por otra parte, acierta en querer a Juan porque ella y él son tal para cual: sencillos, buenazos, un poco bastos de exterior. Por Sarica Juan es capaz de trabajar sin comer, de desafiar brujerías y hechizos por tener la seguridad de su limpio amor, y, una vez obtenida ésta, de cantarle cara a cara las verdades a Jenaro el señorito y de abalanzarse sobre él rugiéndole esta jactancia heroica:

—“¡Pa tú me sobra con mis puños!” (pág. 391).

Y Sarica sabe que Juan le es fiel hasta el límite y aún más allá, pero, realista, consciente del medio en que vive, admite tranquila, inalterable, la suposición de que Juan llegue borracho a su casa cualquier noche.

—“Vaya, vaya—le dice resignada el día que oree que esto ocurre—, duermela la mona y déjame en paz.”

Y ante la insistencia de Juan en pedirle perdón por algo que ella

no comprende, no tiene más que esta sencilla, esta expresiva frase:

—“Sí, cansau, sí.” (pág. 375).

Y adivinamos que da media vuelta, suspira y se queda tranquila, serenamente dormida.

No encontraremos finura, delicadeza de maneras en los habitantes de Cerrillares. No pueden tenerla. Es gente apegada a la tierra que de la tierra vive y que tiene sencillez, elegancia viril, si se quiere pero no delicadeza. Incluso en sus arrullos, esta gente es un tanto zafia:

—“¡ Si no quies los cañamones, te los echo po encima la cabeza!” (pág. 202).

le dirá Juan a Sarica cuando ni siquiera sea aún su novio. Y acabará dispuesto a matar por ella. Y es el mejor hombre del pueblo. Luego, en la vida conyugal, estos hombres son todos apacibles, deferentes para con sus mujeres. Cuando, por ejemplo, el Tío José el de la Santa, oye que su mujer le dice:

—“Mira, José, me ha ocurrido una idea que te voy a consultar”,

su comentario es un lacónico poema de amor conyugal:

—“Cosa tuya, bien ocurrida estará.”

Y cuando ella le invita a renglón seguido a prohijar una niña abandonada, abre su alma, cerrada hasta entonces por tímido, por pudoroso respeto al amor filial de su mujer:

—“Lo había pensau muchas veces, pero como tú no decías nada... ¿Te paece que adotemos una sobrina?”

Y al preferir la Santa una borda, una hospiciana, el Tío José zanja sentencioso, inapelable, pero rebotante de amor conyugal, este diálogo de tres minutos:

—“Pues mañana bajamos a la ciudá y asunto concluído.” (pág. 41).

Pocas palabras, toscamente dichas, pero que cambian unos des-

tinios. El río de amor que las mueve va soterrado en las almas. Se exterioriza en la calamidad, en la muerte, en el drama. Entonces esta gente se desploma, deshecha en llantos fortísimos, con gritos, desganas, desvanecimientos, o lucha callada, abnegada, hasta el fin. Juan se presenta en el acto al juez porque su amigo, inocente, no padezca. Sarica vende, una por una, todas sus fincas y sus bienes para defender a Juan. Los Marta malbaratan sus haciendas, para que su hijo Felipe estudie y se haga hombre de pro. El sentido de la propiedad avasalla sus vidas, aherroja los corazones de muchos de ellos, pero nada puede significar para otros cuando ha de someterse a un verdadero amor, a un fin más alto. Entonces los habitantes de Cerrillares, altos y bajos, cultos e ignorantes, ricos y pobres, todos son iguales, todos tienen una misma y entera fortaleza y calidad moral.

Acaso sea éste el momento de dirigir una mirada a las casas ricas de Cerrillares y de Ginestar, y a los hombres y las mujeres que las habitan. Nuestro autor nos hace conocer por menudo la vida íntima de dos de estas casas y, desde una de ellas, nos presenta con detalle el espectáculo de un pueblo en fiestas. Los Verospe y los Pérez de Zapata son dos familias tipo. Regidas aquélla por una noble viuda y ésta por un auténtico infanzón. Con historia y raigambre tradicionalista, ambas casas exteriorizan lo mejor de la clase aragonesa de hacendados. Sus anchas, enormes casonas, con grandes y tapiadas huertas, con balconadas protegidas por toldos, grandes zaguanes, blasón y enormes salas y salones, son el medio ideal para ejercer una hospitalidad total, premurosa, anhelante por hacer la vida grata al huésped, desde el mullido inolvidable de la cama, a la abundante, pantagruélica comida.

Cuando, por ejemplo, en casa del Tío Leoncio —y en estos rasgos son iguales todas las casas ricas, señoriales o no— se recibe al Diputado a Cortes,

“se le dispuso cama en la alcoba de la sala principal, para lo cual fué preciso retirar previamente un montón de judías secas y otro de panizo, que había en sendos rincones. La cama era de pilares, con un paisaje en la cabecera, obra del Tío Cojo, el pintor, de Calatayud; tenía puestos tres gruesos colchones de lana y la márfega bien repleta de pinochas de maíz y, como ya era un poco alta de suyo, levantaba próximamente dos varas y media sobre el nivel del suelo, altura respetable que podía salvarse gracias a una silla que lo mismo oficiaba de escalera que de mesilla de noche. Estaba vestida con buenas sábanas de lienzo hilado en casa y una cubierta de percalina rameada, sobre la

cual volvía el embozo almidonado y repiqueteado, como enagua de boda, de la sábana encimera, y un almohadón tan almidonado y repicoteado como la sábana." (pág. 147).

En estas casas —y ello es lógico—, tras de dormir en camas como estas camas-catafalco, se tiene un apetito feroz. Cuando Jenaro —que es de la familia— va a vistas a casa de Verospe, le sirven para comer

"un excelente cocido nutrido de jamón, longaniza y gallina, además del condumio ordinario, un plato de truchas del río con salsa Matilde, pollos asados y nada más, porque a Jenaro se le trataba de confianza, como decía su tía, amén de los dulces, quesos y frutas, vino clarete de pasto y otro de veinticinco años de edad para los postres, todos de la cosecha de casa." (*Sarica*, pág. 96).

Claro que esto es el agasajo de confianza. Porque cuando ha de prepararse una comida de verdad, un banquete, como sucede para las fiestas, entonces esa preparación adquiere calidades épicas. Parece que se sirve una sopa de fideos

"espesa como engrudo y sembrada de anisetes, que es de rigor en las comidas de gala de Cerrillares. Se preparan grandes cazuelas con adobos de cerdo de distintas clases: morcillas, longanizas, güeñas, costillas, lomo, pernils de jamón, espaldares de tocino" (pág. 148)

se baten innumerables huevos para semisólidas y riquísimas natillas; se derrite la grasa de las longanizas; y todo aquello es una algarabía, ordenada por una experta cocinera a la que se suele llamar para estos trances, y ayudada por todo el mujerío de la casa.

Son ellas, las mujeres, lo más interesante de estas viviendas epitalámicas. Están en el punto medio exacto entre la tosquedad y el almbaramiento.

"Las señoritas de los pueblos conocen acaso mejor la vida real y son más naturalistas, permítase la frase, en sus ideas y costumbres, que las de la ciudad." (pág. 91).

Su rasgo esencial quizá sea, así, la naturalidad, la franqueza. También la simpatía y una arrolladora facilidad para agradar. Antofñita Pérez de Zapata y, sobre todo, Matilde Verospe, son muchachas encantadoras, bellísimas, amigas de agradar, cuidadosas de su atavío, hacendosas; dos ejemplos, en fin, de señoritas bien educadas. Algo

hay en ellas, no obstante, que traiciona el aislamiento. Aquellas risotadas, aquel nerviosismo ante sus posibles novios son producto inevitable de su situación pueblerina. Nos gusta imaginarlas de charla en la salita de costura de los Verospe. Esta habitación

“era muy mona: colgaban de las blancas paredes cuadritos bordados, donde se lucían las habilidades de las niñas; la Virgen de la Sierra en sedas de colores y una Magdalena a lausín; dos perritos de aguas, en alto relieve, con abundantes lanas en el cuello, el cuarto trasero y las patitas, esquilados perfectamente, salvo los moñitos de las espinillas y del rabo, y una cestita de flores en la boca; varios cuadros en cañamazo con flores, hojas y abecedarios; una relojera sin reloj y una pila de agua bendita formada con una concha; en las rinconeras un niño Jesús y una muñeca vestidos de seda. Sillas altas y bajas, un costurero giratorio, una mesa grande y una cómoda con veladorcito de espejo y dos jarrones de flores de cera con sus fanales.” (pág. 98).

Estas salitas y estas labores son las que ocupan media vida a estas muchachas. La otra media se dedica a tareas más prosaicas: el corral, la cocina, el jardín, el repaso de los sacos de la cosecha... Y todo ello se ve sólo interrumpido por alguna alegre excursión a las cercanas ermitas, en las que corren y saltan como gamos, o por rápidos, fugaces viajes a Calatayud o a Zaragoza. Y de tarde en tarde, para fiestas, para la Virgen de Agosto, los Pérez de Zapata abren sus salones y dan un baile al que acude toda la comarca. No hay etiqueta en la reunión; a ella acuden cuantas personas de viso se hallan en el pueblo. Se baila al son, alternado, de un piano, que tocan las señoritas de la casa, y de una rondalla, compuesta de una bandurria y dos guitarras. Se baila vals, polca, lanceros, hasta un rigodón de ocho parejas, y, por fin, a las doce en punto, la fiesta acaba con un baile de jota,

“la jota clásica, en la que lucen su garbo y su gracia las señoritas finas y las mozas baturras. Quien no haya visto bailar —dice el autor— a las señoritas de los pueblos de Aragón la jota de la tierra, no puede imaginarse cuánta gracia y encanto, nobleza y donaire se revela en los artísticos ademanes y movimientos de esa danza popular que expresa los celos y las ansias, la rendición y la fuga, la voluptuosidad de los amores y la dignidad del pudor.” (pág. 195).

Se acaba la fiesta con el baile y bien acabada está. Porque se ha bebido con liberalidad, se ha comido a discreción y se ha hablado sin tasa. Los cerebros están sobreexcitados y alguno fuera ya de cauce,

como el de aquel insensato que canta la copla que adivinamos disuelve la reunión:

*Ahora si que va bueno,  
que baila la boticaria;  
por debajo se le ven  
los picos de las enaguas.*

Dejemos con ella a Cerrillares, pueblo aragonés como tantos otros, en el que la tierra lo es todo, y en cuyo recinto vive y sufre con tosca naturalidad, un puñado de hombres y mujeres cuyas copias podemos ver aún pasar junto a nosotros; y trasladémonos a Escobar para vivir el drama de su Licenciado.

\* \* \*

Observaremos ante todo que si en el de Sarica hemos podido pre-senciar, como fondo y como escenario, la vida toda de Cerrillares, en el drama de Felipe Marta Alberó, *el licenciado de Escobar*, nada habrá, en cambio, que de él nos distraiga. Se trata de un relato directo de una tragedia íntima y de un furioso alegato contra un error social muy extendido y contra un sistema de enseñanza pernicioso. El error social es el de la dedicación de los mozos inteligentes de los pueblos a la carrera de abogado; el sistema de enseñanza criticado el que, fundado en el memorismo y en las generalidades, permite concluir carreras sin ningún conocimiento acerca de su ejercicio práctico.

Blas y Ubide presenta el caso de un chiquillo aragonés que, ensalzado por las ignorantes ponderaciones de sus coterráneos, se aparta de su aldea para estudiar una carrera, cuyos gastos arruinan a sus padres, y a cuyo título no puede él, luego, sacar ningún real provecho, porque ni siquiera sabe cómo podría empezar a utilizarlo. Toda la educación de Felipe Marta, toda, es una farsa estúpida. Lo son sus años de escuela, junto a aquel absurdo pseudo-maestro apodado Don Palomo, que, sin embargo, pese a su ausencia de título y a su tosquedad intelectual, es el que más enseña a Felipe en toda su vida. Y sus años de preparación para el Seminario, junto a aquel otro salvaje Dómine de las Peñuelas, que casi está a punto de hacerle ignorar para siempre lo que es el verdadero estudio. Y también, sus tediosos años en aquel

“desierto árido del memorialismo reglamentado del Instituto.” (pág. 72).

Y, por último, son años de farsa los increíbles que transcurren en la Universidad, bajo unos catedráticos ridículos e interesados, que no por ser hoy anacrónicos, dejan de haber sido antaño demasiado actuales. Años de farsa que le conducen todos ellos al catastrófico final de llegar a poseer un título que para nada útil le sirve de momento. Porque él sería, sí, abogado,

“pero el título no da de comer, no da más que el derecho al trabajo con cuyo producto se come, el mismo derecho que tienen todos los hombres sin títulos ni quebraderos de cabeza.” (pág. 166).

Y Felipe necesita comer él y que los suyos coman, pues para conseguir ese título de abogado tan flamante, para poderse retratar de toga y de birrete, ha arruinado su casa, ha dejado morir a su madre sin darle el consuelo de estar a su lado, ha tolerado que su padre se avejente prematuramente. Y todo para que ahora tenga él que confesarse que al acabar su carrera, cuando debería empezar a ganar, a devolver el dinero en él invertido, no puede hacer otra cosa que ponerse de nuevo a estudiar. Porque,

“el caso es que yo soy un abogado que no sé abogar; yo no he visto hacer nunca eso... Lo único que yo he aprendido es a estudiar... Y ahora no tengo tiempo para esperar un porvenir incierto” (págs. 167-168),

es decir, para esperar el resultado de un nuevo aprendizaje, ese aprendizaje que ahora ve que le es imprescindible para cualquiera de las mil decantadas salidas de aquella carrera de sus ilusiones. Pero entonces, se pregunta:

—“¿Qué diablos has aprendido tú en la Universidad? (pág. 168). ¡Señor! ¿Será posible que en once años de estudios no haya aprendido yo algo que me sirva para ganarme la vida, para devolver a mis padres el pan que les he comido? ¿Qué hacer? ¡Dios mío! ¿Qué hacer?” (pág. 170).

Y su conclusión es desoladora:

—“Tú no eres más que un pobre pelele, un pobre pelele que no tiene una peseta ni sabe ganarla.” (pág. 168).

En cambio,

“aquellos compañeros suyos de la niñez que dejaron pronto los bancos de la

escuela por el aprendizaje fácil del obrero del campo, eran ya hombres útiles, no sólo para ganarse el pan, sino para sustentar una familia que él no podría formar acaso jamás..." (pág. 171).

Entonces Felipe decide hacer lo único que sabe hacer, lo único que le han enseñado: estudiar, estudiar más, más y más, para ganar —¿cómo no?— unas oposiciones, a cátedra, que le permitan seguir enseñando a otros a estudiar. Nunca ha sido Felipe un holgazán, nunca ha sido, tampoco, un genio. Pero en este año de preparación, memorística preparación, de sus oposiciones, Felipe llega sin duda a las cimas de lo heroico.

"Pidió nuevos libros; y desde la mañana a la noche, desde que Dios echaba su luz al mundo hasta que la retiraba para descanso de los mortales, se pasaba los días de claro en claro, arando, arando con la vista y con el pensamiento, los renglones iguales de sus páginas, aquellos surcos de donde debía brotar la espiga fecunda, el pan de mañana, que cada día iba escaseando más en su pobre hogar." (pág. 185).

Y después de cenar con sus padres, junto al hogar, un puchero de patatas,

"se quedaba allí solo, hasta las altas horas de la noche, arando, arando los surcos paralelos de sus libros, mientras los últimos leños chisporroteaban en el hogar y el viento zumbaba allá arriba, en la chimenea, y la luz del candil languidecía." (pág. 187).

A ratos se desvanecía su vista y desengañado, dolorido, lloraba silenciosa, amargamente, su pena solitaria de crucificado de la vida.

Cuando tras ese esfuerzo gigantesco vuelve a Madrid para opositar, tenía el aspecto

"de un cesante o de un convaleciente recién salido del hospital. Sus facciones demacradas, los labios sin color, sombreados por el bigote lacio, los ojos azules, hundidos en los círculos amoratados que rodeaban las órbitas, revelaban sus padecimientos físicos y morales. Las rodilleras del pantalón, las trenchillas desteñidas del chaquet, las botas agrietadas, el hongo verdinegro, el cuello deshilachado y la vieja corbata que encubría la desplanchada pechera, toda aquella indumentaria, que fué casi elegante, armonizaba tristemente con la miseria física." (pág. 179).

Con este atuendo y con ese pergeño físico, con una tremenda an-



gustia en su interior, Felipe oposita a su cátedra —Derecho Romano— y la pierde, que perderla es verse postergado al tercer lugar de una terna cuando el primero lo ocupa un paniaguado. Todo su trabajo ha sido inútil. Ha apuntado a lo único que le habían enseñado a hacer: el estudio, y a pesar de todo su esfuerzo, ha perdido. Su casa está en ruinas, y también su salud. Necesita hacer cualquier cosa para vivir. Anuncia que dará lecciones. Nadie acude. Solicita, humillándose, renunciando a toda ilusión, una plaza inferior a sus merecimientos. Para ello hace visitas, intriga, pide ayuda y, a pesar de todo, le rechazan, y le rechazan justamente porque la solicitud manuscrita de Felipe

“estaba escrita con tan mala letra y con tantas faltas de ortografía que no fué posible vencer la repugnancia de la Comisión encargada de adjudicar las plazas.” (pág. 208).

Resulta así que Felipe, que tanto había estudiado, no sabe escribir, como lo sabe un niño cualquiera de una escuela bien regida. De nuevo se ve víctima de un sistema de enseñanza que es una farsa y un total fracaso. Y la impresión es en él tan atroz, tan grande y profundo su desengaño, que en aquel mismo instante abandona la partida y se declara vencido. Ha malgastado su vida y las vidas de sus padres para conseguir un algo para lo cual no sirve. No insistirá. Se volverá al pueblo, a ser lo que debió ser siempre, labrador. Cavará, destripará terrones, pero se ganará su pan y el de los suyos, hoy hambrientos por él.

“El no podía consentir que su padre sudara una gota más, ni derramara una lágrima de pena, ya que no había sabido ahorrarlas a su santa madre. Trabajaría para él, sudaría para él, arando la tierra, como el autor de sus días. Arrancaría de las manos del viejo la legona y la azada; lanzaría al abismo del olvido su pluma inútil y sus papeles mojados. Sería labrador, puesto que la sociedad no le quería letrado. ¿No era más honroso, no era más noble, no era más digno empuñar con la mano encallecida la esteva del arado que estafar una nómina? El trabajo del campo es la salud del cuerpo y del alma; restaurará sus fuerzas decaídas y elevará su espíritu apocado. Será útil para algo; vivirá pobre, oscurecido, pero tranquilo y feliz.” (pág. 213).

Y aquí concluiría el libro si sólo hubiese sido la vida de Felipe Marta, y si el autor no hubiese sido demasiado bueno para tolerar dejarlo en esa angustia. Porque entonces surge, providencial como

tantaş otras veces en la vida de Felipe, Lolica, la enamorada de nuestro pobre licenciado de Escobar.

—“¡Pobre Felipe!—le dice—. ¡Tan bueno! ¡Tan noble! No merecías esa suerte. Han sido injustos contigo. Te ha faltado consejo. Te ha faltado malicia: eres un niño. ¡Pobre Felipe!” (pág. 225).

Y en un raptó de amor, nobilísimo, pero literariamente desacertado porque trunca la trayectoria fatal de la novela, le ofrece su amor, y, con él, su posición social, fuerte y sólida. Lolica va a ser siempre la salvaguardia de Felipe, su esposa-madre, junto a la cual él seguirá siendo lo que siempre fué y ella le dijo: un pobre niño desaconsejado y bueno. Adivinamos una vida feliz, un venturoso hogar, tras este precipitado final, que transforma en comedia amable y grata, lo que hasta él había sido hosca, dura tragedia, que trágicamente hubiese debido concluir.

Pero ello no importa demasiado. La tragedia queda planteada; el problema social, claramente expuesto. Hay siempre en Aragón, en toda España, muchos Felipes Marta. Unos padres ilusionados, unos parientes y maestros mal orientados, descarrian a estos muchachos hacia estudios que son muy superiores al real valor de sus inteligencias, o que están sobrecargados ya de masa escolar. Las carreras son caras, de difícil salida, de duro, agotador triunfo. Los mozos no logran sobresalir. Y entretanto los padres se privan de su mejor apoyo, y las casas se arruinan, y las tierras se venden, y los pueblos se empobrecen intelectualmente, para que allá, en la otra punta de España, haya un mediocre más, otro oscuro oficinista, otro empleado u otro curial sin nombre. Esto es una verdadera calamidad nacional, cada día más acuciante. Sobran aspirantes a puestos del Estado; faltan labradores cultos, propietarios inteligentes, gente que se afinque en sus tierras, agrande sus heredades y embellezca y enriquezca la vida de los pueblos. Por eso Felipe Marta es hoy, a los cincuenta años de su aparición en la literatura aragonesa, un verdadero símbolo, de categoría nacional; su caso es valedero para toda España, aun cuando los métodos docentes que forjaron en parte su tragedia hayan, afortunadamente, caducado hace bastante tiempo. No es la crítica del sistema lo que pervive en este libro; es la angustia del pobre licenciado, que no tiene tiempo para esperar a ganarse el pan. Porque esa angustia sigue siendo hoy la angustia de millares de jóvenes compatriotas nuestros.

\* \* \*

Con esto concluimos nuestro examen de la obra de Blas y Ubide. Queda un tercer volumen —*Las caracolas*—, colección de cuentos costumbristas, hoy de muy escaso valor. Las otras dos novelas, en cambio, nos han podido demostrar que su autor era un literato auténtico. No había perfeccionado mucho aún su oficio, pero sabía contar con un admirable estilo pictórico, retrataba caracteres del natural con el mejor garbo, y elegía como temas, auténticos, palpitan-tes conflictos arrancados de la realidad. Los protagonistas de Blas y Ubide aman como cualquiera de nosotros, los aragoneses, puede amar, pero se agitan y se mueven por temas muy reales, nada idealistas: la posesión de un trozo de tierra, la conquista de un título profesional con que ganar dinero. Por eso nos suenan a cosa conocida, tratada. Los sentimos nuestros, de esta tierra nuestra en que la ficción tiene tan poca cabida y en que tan poco nos gusta exagerar. Blas y Ubide, anacrónico, histórico ya en muchos de sus escenarios, de sus detalles, es en cambio actual en la psicología de sus personajes y en el retrato del paisaje y del ambiente. Y por eso, la lectura de sus obras nos interesa, es capaz todavía de conmovernos. Refleja nuestra realidad, nuestro carácter. Al lado de eso es poca cosa el valorar si en los años en que escribiera nuestro autor apuntaban o descollaban ya otras corrientes, otras maneras de escribir. Blas y Ubide, aragonés neto, quiso describir la realidad aragonesa. Lo hizo en aragonés y dió en el clavo. En la no larga serie de nuestros novelistas, Blas y Ubide es, así, uno de los más auténticos, de los más sólidos. Es cómodo, es fácil, menospreciar las literaturas regionales. Son menores, seguramente, que la obra de los grandes autores nacionales, que la obra de los escasos genios universales. Pero existen, son una realidad y precisamente esa realidad que reflejan es la de nuestro ser, la de nuestra alma. Tenemos que estudiar, pues, esas literaturas si queremos llegar a conocernos. Y no es mal medio de llegar a una noción clara de lo que es, de lo que ha sido el carácter aragonés, el releer esta breve producción de D. Juan Blas y Ubide, que, como homenaje tardío a su memoria, he tratado de recordar en estas páginas.